

# EL USO ESTRATÉGICO DE LAS EMOCIONES EN EL MOVIMIENTO 21N EN COLOMBIA

*Diego Mauricio Duque Rodríguez\**

## **Introducción**

El presente capítulo ofrece una discusión sobre el rol de las emociones en los activismos de base (Poma y Gravante, 2022a). Partiendo del problema fundamental de la emergencia de la protesta en la escena pública, este abordaje analiza qué emociones podemos reconocer a partir del estudio audiovisual. Por medio de un vídeo de la organización *Strolling Around Co.* (2019) y un *podcast* de la emisora *La Vox Populi Radio* (2019), se subrayan experiencias concretas del miedo a la represión estatal y la esperanza de cambio como dos emociones interdependientes que canalizan otras a descifrar en el proceso de la movilización social.

Cuando enfocamos cómo emergen los agravios en los espacios de interacción contenciosa, podemos entrever la intersubjetividad como un principio transversal, plástico y abierto al uso de emociones como fines o como medios. Por ello se destacan experiencias emocionales de varios agentes en un enunciado, una imagen, una canción o un testimonio. En este sentido, el descubrimiento del supuesto “toda acción implica una reacción”, es multicausal, abigarrado, azaroso y dinámico. Una mirada desde los individuos hacia las estructuras captura la complejidad del fenómeno.

Considerando este problema, la pregunta de investigación fue: ¿cómo se compone la dimensión emocional de la protesta del 21N en Colombia? En términos de acción colectiva, esta aproximación comprende las emociones en el apoyo imprevisto de personas y organizaciones no contempladas en la convocatoria inicial. El enfoque sociocultural de las emociones reconoce la unión entre lo cognitivo y lo corporal en

---

\* Politólogo (Universidad del Tolima-Colombia). Magíster en sociología (Universidad Iberoamericana-México). Docente catedrático en ciencia política y sociología en la Universidad del Tolima. Miembro del grupo de investigación “Educarte” (Universidad Distrital Francisco José de Caldas-Universidad del Tolima). Contacto <dmauricioduque@ut.edu.co>, <duque5304@gmail.com>.

la agencia de las personas, quienes usan imágenes, sonidos, consignas y testimonios de manera estratégica. En este sentido, no hay una correspondencia exacta entre el movimiento y los agentes, y por ello es necesario descubrir cómo la acción de un agente puede motivar a otros agentes a unirse a la movilización social, produciendo varios movimientos simultáneamente (Poma y Gravante, 2022a). Este es el caso del movimiento del 21 de noviembre de 2019 en Colombia (21N). Lo anterior trasciende el sesgo estructural, donde se alinea una causa política con una organización, partido o personalidad, sin pensar en conflictos o tendencias internas que se bifurcan y se encuentran en una protesta, ocultando los activismos (Goodwin y Jasper, 2004: 3-31).

Este caso muestra cómo la protesta es un espacio para demostrar el hartazgo de personas que no suelen expresarse y que no necesariamente están alineadas ideológicamente con alguna organización. Situado a finales de 2019 y principios de 2020, el paro cívico del 21 de noviembre de 2019 (o 21N) fue una constelación de variadas reivindicaciones históricas que se hicieron visibles debido al descontento en materia de derechos humanos con la presidencia de Iván Duque Márquez (2018-2022). Los agravios se explicaron en gran medida por no implementar integralmente los Acuerdos de Paz entre el Estado colombiano y las FARC (Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia). Como veremos, el caso muestra que una gestión gubernamental de la protesta desde la sospecha, la estigmatización y un ambiente de miedo no disuade a los participantes, sino que los incita a movilizarse.

### **El uso estratégico de emociones para manejar el miedo a protestar**

Desde el giro cultural de los años noventa, el estudio de los movimientos sociales ha resaltado la importancia de la dimensión emocional como variable de análisis (Goodwin, Jasper y Polleta, 2001). Al respecto, esta investigación destaca tres conceptos transversales que unen el activismo de base y la política contenciosa: el manejo emocional, las estrategias de movilización y las formas de cognición.

Esta literatura académica reconoce a las emociones como formas para visibilizar los agravios de la dominación a nivel simbólico, material y estructural. Influidos por el concepto de manejo emocional de Hochschild (1979: 560), quien habla de un “esfuerzo consciente e intencionado de alterar un sentimiento”, han sido varios los académicos que han contextualizado su propuesta para estudiar los activismos de base alrededor del mundo. A nivel general, las contra-emociones han resistido las emociones dominantes, renegociando los límites del vínculo entre obediencia y desobediencia entre gobernantes y gobernados (Flam, 2005; Moore Jr., 1996: 26).

Un ejemplo de lo anterior son las protestas en Europa Central —Polonia y Alemania del Este, antes de 1989, y Serbia 1996-1997. Helena Flam destaca cómo en contextos totalitarios no hay una violencia automática por parte de los activistas, sino un conjunto de formas ambivalentes, satíricas y carnavalescas para “manejar los propios miedos de represión de los protestantes y los transeúntes, así como socavar la explosión anticipada de rabia del oponente” (2004: 172). Al respecto, sienten “una mezcla de rabia, miedo y esperanza, pero despliegan ansiedad, preocupación o felicidad, más que rabia abierta” (*ibid.*: 176).

Siguiendo la estela de Helena Flam y Arlie Hochschild, Alejandro Robayo (2017) amplía la evidencia del concepto para retomar el trabajo emocional de organizaciones y movimientos sociales en Colombia, principalmente a partir del contexto de las protestas de 2013 con el análisis discursivo de los comunicados públicos que realizaban varias plataformas de movilización, que organizaron el 21N en 2019. Una estrategia es vencer el miedo frente a “la posibilidad palpable de perder la vida o ser objeto de la retaliación de algún actor armado” (*ibid.*: 223). El miedo no desaparece, pero da espacio para que aparezcan otras emociones, como la esperanza, que permite creer que “la acción colectiva puede generar la obtención de los fines y el mejoramiento de las condiciones de vida” (*ibid.*: 224). Asimismo, se encauza el miedo para expresar “la tristeza, la frustración, la rabia y la desconfianza” (*idem.*) que afianza la identidad y solidaridad hacia los defensores de paz. Esta situación los pone en un activismo de alto riesgo en el contexto de pos-acuerdo de paz, como lo sostiene Massal (2019).

Gravante y Poma (2018: 597-600) retoman el concepto para enfocarlo en el área de la lucha política. De esta manera, estudian el caso del bosque Nixticuil, en la zona metropolitana de Guadalajara, en México. A partir de un enfoque biográfico y de entrevistas semiestructuradas sostienen el manejo emocional a partir de tres elementos, a saber, sobrellevar el sentimiento de impotencia frente a la tala de árboles y encauzarla hacia sentimientos de rabia, dolor o injusticia; canalizar la desesperanza a partir de la autogestión y la reforestación del bosque, lo cual permite la posibilidad de cambio; por último, manejar distintos miedos como la desaparición del bosque y la represión para potenciar la acción colectiva del Comité Salvabosques.

A partir de estos análisis, subrayamos el manejo emocional en la lucha política y la perspectiva de la canalización del miedo y la vergüenza hacia la esperanza, la desconfianza, el hartazgo, la indignación y el dolor mediante formas carnavalescas y satíricas que propicien la identidad colectiva y la solidaridad hacia los defensores de paz. No obstante, sostenemos que el concepto puede explorar la efectividad de lo audiovisual para transmitir mensajes cognitivos-afectivos y adquirir visibilidad por medio de nuevas tecnologías (Della Porta, 2013b), a tal punto que las representa-

ciones visuales alternativas enfrenten emociones dominantes (Flam y Doerr, 2015) y permitan la transmisión estratégica de las emociones de los activistas (González, 2015).

Por esta razón, el manejo emocional debe ir junto a la tipología de las emociones como estrategias de movilización social que visibilicen los microfundamentos de lo político: agravios desde la agencia, la estructura, los procesos sociopolíticos y las políticas públicas en una protesta. Aquí, James Jasper arranca de una aporía. Por un lado, sitúa la estrategia más allá de la relación costo-beneficio, desde las teorías de elección racional. Por otro lado, supera el concepto de estructura de oportunidades, que esconde el rol de la agencia frente a las estructuras y reduce lo emocional a lo cultural —desde lo cognitivo—, a la apertura o cierre del sistema político o a las políticas públicas (Goodwin y Jasper, 2004). En contraste, sostiene que las emociones son utilizadas estratégicamente como fines y como medios en la acción colectiva (Jasper, 2018: 2). Lo cual sucede tanto en la política como en el activismo, dos de sus áreas de trabajo integral sobre emociones.

En primer lugar, acciones de corto plazo o preconscientes como las reacciones y los apetitos. Las reacciones son “respuestas automáticas, bastante rápidas, a acontecimientos e información, que se tomaron regularmente como paradigma de todas las emociones: rabia, miedo, asco, sorpresa, *shock* moral, desilusión y alegría” (Jasper, 2018: 4). En política, la rabia y el miedo han sido medios para intimidar y disuadir, lo que puede descarrilar proyectos colectivos de largo aliento (Jasper, 2006b: 19). En segundo lugar, las urgencias o apetitos son “necesidades corporales intensas: lujuria, hambre, adicciones a sustancias, la necesidad de orinar o defecar, agotamiento o dolor, cubrirse del frío, etc.” (Jasper, 2018: 4). Como fines, son objetivos de acción inmediatos que de no satisfacerse tienen un alto riesgo de romper proyectos colectivos (*idem.*).

En tercer lugar, los estados de ánimo son emociones de mediano plazo que “filtran nuestras intenciones y acciones, fortaleciéndolas o disolviéndolas, cambiando su tono. Estos niveles de energía afectan nuestra habilidad para continuar proyectos colectivos como los políticos” (*ibid.*: 78). Ellos “colorean todo lo que hacemos más allá del lugar original” (*ibid.*: 86). Al respecto, “emociones como el entusiasmo, la felicidad y la confianza son estados de ánimo que nos recargan; la depresión, la resignación y la tristeza nos descargan energía” (*ibid.*: 78). De esta forma, en política, se utilizan como fines para transformar ánimos paralizantes en asertivos ya que, si estamos de buen ánimo, podremos reaccionar y procesar información más fácilmente que si estamos de mal humor o bajos de ánimo (Jasper, 2006: 19).

En orden de complejidad, Jasper sitúa dos emociones de largo plazo —emociones morales y compromisos afectivos. Poseen un arrepentimiento potencial muy bajo y una acción más sostenida para desarrollar proyectos colectivos, lo cual hace que se minimice su ruptura potencial. En cuarto lugar están los compromisos afectivos, como “sentimientos relativamente estables, positivos o negativos, sobre otras personas o sobre objetos, tales como amor y odio, gustos y disgustos, confianza y desconfianza, respeto o desprecio” (2018: 4). Los afectos podrían ser fines, para quienes presencian el objeto de atracción o repulsión, pero pueden ser medios para los organizadores o personas a las que se le atribuyen estas emociones (Jasper, 2006b).

En quinto lugar, las emociones morales se pueden ver como “sentimientos de aprobación o desaprobación —incluso hacia nosotros y nuestras acciones— basados en intuiciones o principios, como vergüenza, culpa, orgullo, indignación, ultraje y compasión” (Jasper, 2018: 4). Jasper (2006: 24) sostiene que: “las emociones morales son cruciales para la acción cuando nos conectamos con variados contextos sociales y físicos, proporcionando evaluaciones inmediatas de estos contextos”. Por ende, las emociones morales son utilizadas como fines, en tanto objetivos deseables hacia uno o hacia otros.

Expuesta esta tipología, fue necesario un tercer concepto para entender que las emociones son contextuales a pesar de tener una misma etiqueta, pues se refieren a situaciones, personas o construcciones sociales. Por ello, para codificar cada agravio en los datos audiovisuales la pregunta pendiente fue: ¿emoción con respecto a qué? Y así, el estudio de las “formas de cognición” de Jasper (1997: 155-162), nos permitió captar procesos sentipensantes de los agravios, la emergencia del activismo en ambientes de desconfianza respecto a las autoridades y el miedo a la represión. En una primera parte, las intuiciones son formas de cognición más simples e implícitas. Van desde el sentido común —proverbios, máximas, poesía, humor—, las sensibilidades —creencias o la moral—, los instintos e imágenes, hasta formas más vinculantes, como la nación. En la segunda parte, las construcciones sociales son formas más articuladas de significados, como visiones del mundo, creencias, marcos del mundo o referencias familiares como tropos, héroes, villanos o historias. En la tercera parte, hay ideologías que articulan y guían colectivos, aunque aparezcan en distintas visiones del mundo. En la cuarta parte, hay formas concretas como críticas a políticas públicas y/o a prácticas existentes. En la quinta parte, existen símbolos condensantes que simplifican significados culturales a partir de palabras, imágenes o sonidos, que hay que decodificar para entenderlos claramente. En la sexta parte, encontramos algunos más complejos, como los soportes, que resumen estructuras de plausibilidad, instituciones, grupos o rutinas que articulan otras formas de cognición

—por ejemplo, modernización, sociedad postindustrial, gobierno, familia, Iglesia, etcétera.

### **Caso de estudio y metodología**

De acuerdo con la Cruz Roja, Colombia enfrenta varios conflictos armados desde hace 60 años: *a*) con el Ejército de Liberación Nacional (ELN), con presencia en Chocó, Nariño, Cauca y Catatumbo; *b*) con las Autodefensas Gaitanistas de Colombia (AGC), una organización de corte paramilitar; *c*) con el Ejército Popular de Liberación (EPL), que se ha venido fortaleciendo desde 2017; *d*) con las disidencias de las FARC y algunos de sus frentes 1, 7 y 40; *e*) entre el ELN y el EPL en la región del Catatumbo, en la frontera con Venezuela (Harnisch, 2019; Grasa, 2020: 15).

Al respecto, el Estado firmó unos Acuerdos de Paz con las FARC para su desmovilización en 2016. La oposición a estos, como la del partido derechista Centro Democrático, del expresidente Álvaro Uribe, hizo elegir a Iván Duque como presidente (2018-2022). En respuesta, emergió un ciclo de movilizaciones —el 21N—, un paro del 21 noviembre de 2019 hasta febrero de 2020, con varias demandas vinculadas a la defensa del proceso de paz, así como el rechazo a reformas laborales, pensionales y tributarias (para más detalles, véase Asociación Minga, 2019).

Para captar la emocionalidad de los agravios, usamos metodología cualitativa y virtual durante la pandemia. Basados en Collins (2009) y Nassauer (2016), resaltamos cómo los videos y los *podcasts* permiten una sociología de los activismos de base en Bogotá durante tres días de protesta (21, 22 y 23 de noviembre de 2019). El vídeo de Strolling Around Co. (2019) nos permitió recoger documentación visual, mientras que el *podcast* de la radio La Vox Populi Radio (2019) brindó una crónica sonora. Entre agosto y noviembre (2020) transcribimos enunciados de pancartas, testimonios, imágenes y canciones. Entre diciembre y abril (2021) codificamos y analizamos las emociones, comparando supuestos teóricos frente a referentes empíricos.

### **Análisis**

Con estas premisas retomamos los agravios en el activismo y el manejo emocional del miedo y la vergüenza a partir de enunciados, imágenes, arengas y testimonios.

*El trabajo emocional del miedo en emociones morales y vínculos afectivos*

Dos meses antes de la protesta de noviembre de 2019, cuando se sabía de la convocatoria del paro nacional, la estrategia del presidente Iván Duque se orientó hacia estas conductas (Calle, 2019): la negación de razones válidas para protestar —son mentiras de demagogos para “incendiar” el país—; la estigmatización —hay infiltración de terroristas desde Venezuela con Nicolás Maduro y el Foro de Sao Paulo para desestabilizar el país—; la intimidación hacia organizaciones culturales críticas del gobierno —lo alternativo es sospechoso de terrorismo— (La Liga Contra el Silencio, 2019). Durante la protesta, la estrategia estuvo dirigida hacia la represión —a las demandas sociales no se les escucha— y a la desconexión de su presidente —governamos para nuestros votantes, no para todos— (Viva la Ciudadanía, 2019: 150).

En este ambiente de miedo, la alta concurrencia hizo historia. Desde mucho antes de 2019, varios colectivos y defensores de derechos humanos venían manifestándose por agravios similares, generando un proceso de movilización desde 2011 (*ibid.*: 140). De este proceso surgieron organizaciones que convocaron al paro nacional del 21N adscritas a centrales obreras, organizaciones campesinas, étnicas, sindicatos; asociaciones étnicas, de pensionados y de estudiantes universitarios (para más detalles, véase Polo Democrático Alternativo, 2019).

Sin embargo, un hecho excepcional desbordó a estas organizaciones: la asistencia masiva y espontánea de jóvenes, ancianos, hombres y mujeres de mediana edad, estudiantes de colegios, centros técnicos y tecnológicos, universidades públicas y privadas, artistas, músicos famosos, trabajadores informales, del sector salud, pensionados, campesinos, obreros, desempleados, indígenas, afrodescendientes, víctimas del conflicto armado, comunidades LGTBTTIQ+, feministas, ambientalistas y partidos de izquierda y centroizquierda en varias ciudades del país.

Esto se explica, en parte, por el escándalo que causó el encubrimiento de ejecuciones extrajudiciales realizadas por soldados contra civiles y niños, para hacerlos pasar por guerrilleros en combate —falsos positivos—, a tal punto que el ministro de Defensa, Guillermo Botero, tuvo que renunciar luego del debate de control político en el Congreso (BBC News Mundo, 2019). Esta práctica fue recurrente durante el gobierno de Álvaro Uribe (2002-2010) y, desde que Duque ganó el poder en 2018, la desconfianza estuvo latente. Un testimonio afirma que: “Una de esas razones es la que expresa la gente y que tiene que ver con el bombardeo del Ejército a unos niños en el Caquetá” (La Vox Populi, 2019: 19:00).

El paro duró cerca de tres meses, hasta febrero de 2020. Luego se detuvo por la irrupción de la pandemia del COVID-19 con varias protestas a mediados de 2020

y 2021. Al tercer día de la protesta de 2019 —23 de noviembre—, un agente del ESMAD<sup>1</sup> le disparó a Dilan Cruz, un joven que protestó pacíficamente; ocasionándole la muerte. Asimismo, hubo 1477 detenciones arbitrarias, solo por protestar, en los primeros tres meses (Defender la Libertad, 2020: 245).

Considerando estos precedentes, era un imperativo romper con el miedo a la represión. Por ello, una estrategia fue enfocar los agravios de fondo para despertar vínculos morales y compromisos afectivos entre activistas y espectadores que, además, se desconcertaron con un hecho fortuito que exacerbó el descontento: cuando un periodista le preguntó a Iván Duque por los falsos positivos el 6 de noviembre de 2019, su respuesta fue: “¿De qué me hablas, viejo?” Esto causó un repudio hacia el mandatario en redes sociales, caracterizándolo como un líder desconectado, inepto, indolente y cínico (más detalles en *El Espectador*, 2019a). A través de Twitter, el *hashtag* con su pregunta ayudó a convocar la protesta junto con otras etiquetas (Alcázar y Holguín, 2020).

Algunas pancartas usaron esta pregunta retórica: ¿De qué te hablo, viejo? De políticas públicas —“recortes presupuestales a la salud, educación y entidades territoriales; a la precarización del servicio a la salud a través de la Ley 100”— (La Vox Populi, 2019: 44:39); de conductas, datos y prácticas —“la mayor tasa de desempleo en los últimos 10 años, encubrir el asesinato de niñ@s por el ejército”— (*ibid.*: 19:34); o de hechos dolorosos —“más de 59 líderes asesinados en 2019”— (*ibid.*: 18:40). Aquí circulan emociones morales y compromisos afectivos que expresan indignación, impotencia y dolor por asesinatos a civiles y hacia la actitud negacionista del mandatario de “no abrir el diálogo con la ciudadanía” (*ibid.*: 01:11; *El Espectador*, 2019b).

En esta línea, la no-violencia abarcó afectos que conmueven desde lo más simple, como el humor: que funciona para alterar el sentido retórico del miedo a la violencia hacia la alegría del baile o el “amor” —“que lo único violento sea el perreo” / “hoy solo rompo corazones”—, (Strolling Around Co., 2019: 12:04, 18:33). El humor se desplaza al deber del individuo por preservar los lazos sociales por medio del manejo emocional de sí: transformando la rabia, el desprecio y el asco en empatía y respeto hacia la diferencia para rechazar asesinatos —“que tus razones sean tan válidas que no necesites de reajo o bala para imponerlas. No más líderes asesinados”— (*ibid.*: 43:01). En cuanto al enunciado “póngame las botas al derecho y el camuflado talla L”, (*ibid.*: 35:18), la sátira expresa desesperanza, rabia e impotencia por la normalización de estructuras y rutinas antidemocráticas, como ejecuciones extrajudiciales de militares contra civiles. Por último, compromisos afectivos, como el deseo de paz y

---

<sup>1</sup> Escuadrón Móvil Antidisturbios.



el rechazo del miedo identifican activistas en: “la paz es mi protesta” y “SIN MIEDO. 21N” (*ibid.*: 12:04, 18:33).

*Reivindicar la sátira visual para cuestionar las emociones dominantes*

Otra estrategia para subvertir emociones dominantes, como el miedo y la vergüenza, es ridiculizar al poder por medio de la sátira. Este medio genera procesos emocionales que expresan indignación encubierta en humor, lo que contribuye a procesar mejor el mensaje. Las críticas al gobierno usaron símbolos condensantes, como las caricaturas, que evocan situaciones de rechazo abierto a políticas públicas y a causantes de agravios.

Se usaron referencias familiares, como el presidente Duque caracterizado como cerdo. En el sentido común, muchos críticos en las redes virtuales lo empezaron a dibujar como Porky, de los *Looney Tunes*,<sup>2</sup> cuando estuvo en campaña. Tiempo después, el tropo se viralizó para expresar procesos mezclados de reacciones, como el asco, junto a emociones morales, como la indignación en el enunciado “no al paquetazo de Duque” / “Renuncie Duque” (Strolling Around Co., 2019: 46:13, 23:34). El paquetazo comprende beneficios a grandes capitales con las reformas tributarias, laborales y pensionales que afectan el costo de vida de las clases medias y bajas. Ello indigna por ser una afrenta hacia los colombianos más necesitados, a tal punto de exigir su renuncia.

Otras referencias retratan su carácter autoritario y pusilánime al considerarlo un gobernante títere. Como en un cartel sobre un fondo naranja, con cara sonriente y una mano oscura detrás que lo manipula (*ibid.*: 43:34). En términos emocionales, se pueden dividir tres capas: sus expresiones gestuales, que muestran un sujeto bonachón y jovial, que produce simpatía, confianza y hasta respeto. Pero esta imagen se derrumba en una segunda capa que presenta una mano oscura y gigante que maneja los hilos de Duque como una fuerza sobrenatural; esto despierta escepticismo. En la tercera capa, se desenmascara al farsante con el mensaje “heil, heil, heil”, que expresaría lo siguiente: “Iván Duque es fascista. No gobierna para todos, sino para unos pocos”. Es un títere manejado por fuerzas oscuras que destruirán el estado de derecho e impondrán un estado de opinión como los nazis: con violencia hacia la oposición.

Los hilos del poder pertenecen, según sus críticos, a las órdenes del expresidente Álvaro Uribe, quien aparece en otra pancarta junto a Iván Duque. Sobre ellos, un

<sup>2</sup> Es una serie animada de la compañía Warner Bros cuyo origen data de los años 1930. Algunos de sus personajes más representativos son Bugs Bunny, Porky, el pato Lucas y el gallo Claudio, entre otros.

enunciado que dice “Gobierno podrido” (*ibid.*: 45:23) en letras rojas, condensa el asco visceral que sienten los críticos para expresar indignación y desafección por sus prácticas autoritarias a partir de intuiciones como el gobierno títere de Duque y la influencia de Uribe. Como lo sostiene una activista: “Yo estoy de acuerdo con el paro, porque no me parece la injusticia de este gobierno, ¡es lo peor que hemos tenido! ¡Duque, fuera! ¡No lo queremos! Porque usted ha sido lo peor. Usté (*sic*) y Uribe han sido lo peor que tiene este país” (La Vox Populi Radio, 2019: 02:21).

### *Utilizar la alegría de la música para canalizar emociones desagradables*

El uso de tambores, silbatos, flautas y cacerolas, gente bailando y cantando al unísono fue parte del repertorio de la protesta. La música posee un aspecto terapéutico para expresar la catarsis colectiva de las “voces no escuchadas”, puesto que canaliza diversas emociones que apelan a la comunidad, tal como lo sostiene la PhD en musicoterapia, Juanita Eslava (2021).

Uno de los testimonios de La Vox Populi Radio (2019) destaca este aspecto a partir de estados de ánimo como la alegría, transversal a los procesos de movilización social: “Pues mira, yo te hablo desde mi experiencia [...] he sido testigo de una movilización alegre, espontánea —como el cacerolazo— y que marca una diferencia en lo que estamos viviendo” (*ibid.*: 01:13). Esta diferencia busca integrar la alegría para presentar “iniciativas, propuestas” (*idem.*), como activistas “defendiéndose del ESMAD y de las agresiones de ciertos capuchos” (*ibid.*, 01:14), que les desmarca de una estrategia violenta. Igualmente, recalca que la alegría permite enfocarse en los agravios como la mala implementación de los acuerdos de paz que causa las muertes de los líderes sociales y en la situación precaria de la educación y el trabajo (*ibid.*, 01:13).

En este sentido, se denunciaron los falsos positivos, que expresan desconfianza en el gobierno cómplice con el paramilitarismo, a partir de la indignación por medio de la alegría y el placer de protestar: “Que lo vengan a ver, que lo vengan a ver / Esto no es un gobierno, son los paracos en el poder (*sic*)” (Strolling Around Co., 2019: 37:42). O el dolor por los asesinatos de líderes, que les identifica con la esperanza de cambio en el continente: “Por qué, por qué, por qué nos asesinan / Si somos la esperanza de América Latina” (*ibid.*, 39:40). Algunas emociones compartidas son la indignación, junto al dolor por los asesinatos de líderes sociales; la desconfianza frente a las autoridades, canalizadas rítmicamente para identificar a los activistas.

Esta desconfianza hacia el gobierno ayuda a romper el miedo a la violencia y es canalizada a partir de estados de ánimo como la alegría y el humor en arengas como “Duque está de fiesta y el pueblo de protesta” (*ibid.*, 10:33), que avergüenza al man-

datario por su indiferencia frente al clamor popular. Un proceso parecido se escucha en “un pueblo que camina para adelante” y “un gobierno que camina para atrás” (*ibid.*, 43:29), que expresa hartazgo hacia su gestión. Ambos cánticos designan una desconexión entre voluntad popular y acción gubernamental desde la que se descalifica al gobierno de retrógrado, inestable, incapacitado, mientras que el pueblo es cada vez más poderoso, progresista, persistente.

*Combatir el estigma de la violencia con resistencia pacífica*

Como ya se mencionó, el presidente partió de la desconfianza hacia los activistas al estigmatizarlos como violentos para sembrar miedo y vergüenza. Una estrategia efectiva para contrarrestar este estigma es resistir pacíficamente, aunque aumente las posibilidades de ser violentado. En este sentido, las emociones se manifiestan en el acto, por medio de intensidades de la voz y de los agravios registrados por reporter@s de la Vox Populi Radio.

En primer lugar, respecto a las declaraciones del presidente sobre la ausencia de razones válidas para protestar, un señor en la calle de Bogotá manifiesta indignación:

...¡hay muchas razones por las cuales nosotros estamos protestando! [...] para él, todo está bien. Yo le digo al señor Duque (si de pronto escucha esto): ¡Nada está bien! [reprocha subiendo la voz:] Ni el hecho de que usted sea el presidente tampoco está bien porque usted (*sic*) entró por [fraude electoral por] la Registraduría. ¡No por el voto popular!

La indignación y desconfianza hacia el gobierno se acrecentó por descalificar la protesta como irracional. Al respecto, el activista rechaza “reformas tributarias, salariales, laborales y [...] del ecosistema”, desligándose de cualquier afiliación ideológica y reivindicando su derecho democrático a la protesta como ciudadano, sin ser estigmatizado por grupos de poder. Basado en el principio de la “equidad” social, entendido como un “equilibrio” a re-establecer a partir de las injusticias. Esta situación unió varios colectivos ideológicos: “aquí estamos unidos los de centro, derecha, izquierda, diagonales, ‘qué sé yo’”. El derecho a la paz y a la igualdad convocó: “sindicatos, profesores, indígenas, campesinos, etnias, adultos mayores” (La Vox Populi Radio, 2019: 16:05).

En segundo lugar, en la confrontación entre los activistas y los agentes de policía surgen testimonios del manejo emocional del miedo. El viernes 22 de noviembre de 2019, en la ciudad de Bogotá, cerca de la plaza de Bolívar, la reportera era a su vez manifestante y narra cómo se habían comportado pacíficamente, pero llegaron los agentes del ESMAD a acorralarlos y a reprimir la protesta: “¡Seguimos resistiendo! [Su

voz tiembla:] ¡Nos están atacando a punta de gases! ¡Nos están apuntando con láser!” Los manifestantes sienten en carne propia la represión y utilizan una estrategia de disuasión arengando “¡Sin violencia! ¡Sin violencia!”, “¡La gente está alzando sus manos... en símbolo de paz!”, aturdidos entre gases lacrimógenos (*ibid.*, 01:02:04).

Por último, la autopercepción de otra mujer allí es esclarecedora: “Yo creo que sentimos lo que sienten a diario la gente en el Cauca, en el Chocó y en los territorios más olvidados del país, donde es el miedo de tener la carne expuesta a la violencia estatal. Eh, pero creo que vale toda la pena estar aquí y todos los días que haga falta” (*ibid.*, 01:05:47). El miedo se gestiona para inscribir el cuerpo como lugar de resistencia y orgullo por participar en favor de las poblaciones de las periferias más afectadas, que viven en medio de la angustia constante de la guerra.

## Conclusiones

En este capítulo resaltamos una visión activa de las emociones en el lugar de la movilización social. Previo a la protesta, el gobierno sembró un ambiente de miedo a la protesta violenta y luego de represión estatal para disuadir a los activistas. Pero el descontento fue tan masivo que el miedo y la vergüenza se gestionaron para visibilizar agravios atravesados por la indignación por los asesinatos de civiles por el ejército y grupos armados ilegales, el hartazgo por la desconexión del presidente, la esperanza de cambio hacia políticas públicas menos regresivas, y la solidaridad y el dolor por los asesinatos de líderes sociales.

Con este caso, analizamos la desafección hacia el gobierno. Partiendo de la desconfianza y la indignación, los activistas se enfocaron en el uso de emociones morales, reacciones y compromisos afectivos para contrarrestar el miedo. El uso de símbolos condensantes, como las caricaturas, ayudó a expresar la desconfianza, el asco y el hartazgo hacia el gobierno y el expresidente Uribe, satirizando su proyecto autoritario y sus reformas políticas. Mediante las arengas, se evocó el miedo, la desconfianza y el dolor a partir de la expresión de esperanza y alegría que brinda el carnaval. Por último, la resistencia pacífica ayudó a sobrellevar el miedo frente a la estigmatización y a la represión policial mediante emociones morales como la indignación frente a la indiferencia del presidente y el orgullo de ejercer el derecho legítimo a protestar como una acción consciente y solidaria. Todo apuntó a la agencia de las personas para usar las emociones de modo estratégico, sin perder de vista los grandes procesos y los ciclos de protesta.